

frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Madrid,
9 de enero
de 1937

Numero 52

editado por el comité de defensa - región centro

C. N. T.

A. I. T.

Confederación Regional del Trabajo del Centro

Un nuevo llamamiento a la U. G. T. para lograr inmediatamente la Alianza Obrera Revolucionaria

Han terminado nuestros cinco Congresos provinciales, en los que nuevamente los trabajadores de la Confederación Nacional del Trabajo han aprobado una ponencia de Alianza Obrera Revolucionaria con los compañeros de la Unión General de Trabajadores.

Todos los días, la Prensa nos da cuenta de pactos firmados entre los Comités nacionales de todos los organismos antifascistas; nuestros Sindicatos, haciéndose eco de estos compromisos, en los que constantemente se hacen llamadas a la cordialidad, en los que se pide que cesen todas las diferencias entre nosotros, acuerdan presentar a todas las provinciales de la U. G. T. esta nueva llamada a la unidad y las buenas relaciones entre todos los trabajadores, único medio, no sólo de ganar la guerra, sino de garantizar el triunfo de la Revolución.

Son muchos los problemas que la clase trabajadora tiene que resolver: aparte del más urgente de todos, que es acabar con el fascismo, tiene que empezar la reconstrucción económica que trae consigo un fin de problemas, a cual más importante, como son las incautaciones, forma de estructurar las colectividades, etc., que exigen una inteligencia seria entre todos si queremos salir airoso en nuestro cometido.

A los organismos responsables de la U. G. T. les compete reconocer esta necesidad y orientar a sus Sindicatos en este sentido. Basta ya de diferencias, basta ya de luchas intestinas entre las clases trabajadoras, que la diezman, dividen y debilitan. Todos juntos, unidos, podemos hacer de España un país rico y fuerte, que nos resarza rápidamente de los perjuicios ocasionados en esta guerra contra el fascismo internacional.

Esperamos de los camaradas de la U. G. T. que sabrán reconocer la buena intención que nos guía al hacerles este nuevo llamamiento y esperamos que esta vez nuestras llamadas no serán voces en desierto, sino que serán escuchadas con la atención que merecen, para que rápidamente podamos decir ya, de una vez para siempre, que no hay diferencias entre los trabajadores españoles, estén en una o en otra Central sindical y piensen en marxista o en anarquista, y éste será uno de los más certeros cañonazos lanzados contra el enemigo.

Compañeros, un pueblo unido es capaz de las más grandes empresas, por difíciles que éstas parezcan.

¡Viva la unión de todos los trabajadores!

EL COMITE REGIONAL DEL CENTRO

Madrid, 6 de enero de 1937.

En el buen camino

Comités sindicales de control en Asturias

Un telegrama fechado ayer en Gijón dice lo siguiente:

«La U. G. T. y la C. N. T. han firmado ayer un documento sobre su actuación conjunta en los Comités de control. En el documento se establecen las normas que han de seguirse para organizar los Comités de control, que tendrán carácter paritario, y la presidencia recaerá en el Sindicato que tenga mayor número de afiliados.

La U. G. T. y la C. N. T. se comprometen a orientar su actuación hacia dos fines inmediatos: ganar la guerra y organizar la Revolución en marcha.

Se comprometen ambas Centrales sindicales también a no reconocer personalidad alguna a los Sindicatos que hasta el 16 de julio pasado tenían el carácter de «amarillos» o patronales. Sólo después de bien examinada la conducta individual de los distintos agrupados podrá admitirse individualmente a los obreros que lo soliciten.

Entre ambas Centrales se cambiarán listas de recusables, para ser escrupulosamente observadas.

La elección de los miembros que han de formar los Comités de control se hará de manera democrática, y los cargos

serán totalmente gratuitos y honoríficos, a excepción de los que formen los Comités de empresa que, por su gran envergadura, ocupen la totalidad de la jornada a los miembros del respectivo Comité.»

N. de la R.—He aquí un acuerdo que puede servir de base para que los bravos compañeros asturianos, consiguiendo la Alianza Obrera Revolucionaria, resuelvan con facilidad y eficacia los trascendentales problemas que, como todo el proletariado español, tienen planteados en esta hora decisiva. El ejemplo de Gijón, en el que se percibe el eco de aquel "U. H. P." de las Comunas asturianas de octubre, debe ser imitado por todos los trabajadores del país. Las organizaciones sindicales, si se unen, probarán que son capaces de administrar la vida pública mucho mejor que los partidos políticos, los cuales, cuando se reparten el Poder o turnan en el ejercicio del mismo, convierten la nación en un campo de Agramante o en una merienda de negros, y cuando empiezan a eliminarse unos a otros, llegan fatalmente al establecimiento de una dictadura, cuya denominación no importa, bajo la cual se convierte a un pueblo en una masa de presidiarios o de forzados.

En la guerra no se deben hacer alardes de valor inútil. Hay que matar al enemigo sin que este pueda matarnos

Crónicas de retaguardia

Lágrimas en la plaza de Castelar

Yo tenía un amigo anarquista que despreciaba olímpicamente a los burócratas. Después de la insurrección de octubre, me encontraba yo en su casa cierta noche en que llegó la Policía a detenerle. Y a detenerme a mí también, desde luego, porque todo quisque es aficionado a matar dos pájaros de un tiro. Los «perros» presumían de cortes, y después de obligarnos a levantarnos de la cama, se deshicieron en disculpas y mojigangas. Nos hablaban mal de sus jefes y se manifestaban asqueados de su propio oficio, que les condenaba a una obediencia, por medio de la cual eran instrumentos productores del mal ajeno.

—Es una canallada lo que hacen con ustedes—nos decía uno—. A mí me fastidia tener que hacer este servicio; pero ya comprenderán ustedes que uno no puede hacer más que lo que le ordenan sus superiores.

Al oír estas palabras, mi amigo se indignó, más que por nuestra detención, por la vileza que rebotaban las palabras del policía. Le fastidiaba extraordinariamente este espíritu de cobarde obediencia, esa moral de rastacero, ese deber no aceptado por la conciencia, tras el cual esconde su egoísmo desaprensivo hasta de arrojo y osadía. No olvidé yo jamás las palabras que mi amigo de ayer dirigió al sabueso cobarde, como réplica a sus disculpas hipócritas, y las he recordado más vivamente que nunca al encontrármelo en Valencia; pero no por el mero hecho de verle, sino porque me ha dicho en tono confidencial:

—Es una indignidad vivir aquí. Yo estoy avergonzado; créemelo. Pero ¿qué quieres? Nos ordenaron a todos que viniéramos, bajo la amenaza de la pérdida del empleo y del sueldo, y aquí estoy. Ahora voy a hacer unas gestiones para ver si consigo que me trasladen otra vez a Madrid.

Me quedé viendo visiones. No podía creer que cuatro o cinco meses de Revolución sólo le hayan servido a ese hombre, que ya no es anarquista, para aprender a hablar como hablaba el policía que le detuvo hace dos años. Y luego, empecé a considerar que serán millares los revolucionarios de siempre que, de modo semejante, han venido a quedar convertidos en privilegiados de retaguardia, en piltrafas sociales. Aunque el ambiente que aquí se respira ha influido bastante en mí, os declaro que el alegre y despreocupado optimismo que sentí en los primeros días de estancia en esta capital mediterránea, se ha ido convirtiendo, poco a poco, en la más encendida indignación, tal vez porque yo, que fui movilizado en Madrid y no puedo considerarme miembro del Estado, no disfruto de ninguna clase de dietas, con lo cual queda dicho que las diez pesetas diarias que me enviáis desde ese Comité de Defensa no me alcanzan ni para comprar cacahuets.

¡Y a fe que hay cosas en las que puedo gastar el dinero! La plaza de Castelar ofrece un aspecto impresionante. Todo lo que hayáis leído acerca del gárrulo abigarramiento de los zocos marroquíes o de los mercados de las Gallas abisinios, no es nada comparado con esto. La bisutería más sorprendente está aquí. Hay encendedores de todas clases, carpetas y carnets de los más diversos colores y formas, insignias de toda índole, brochas, máquinas de afeitar, cordones para las botas, hebillas, mecha, preciosos gorros de miliciano de retaguardia, pasamontañas de lujo, polainas de todo jaez... ¡La caraba! Si queréis disfrazaros de guerreros, de milicianos

de película, venid a esta plaza de Castelar, donde encontraréis todo lo necesario para el carnaval del heroísmo y la gloria.

No han venido de Madrid exclusivamente los burócratas de antaño y de hoy. Han venido también las pelandruscas. Las golfas del Colonial, del Regina y del Colón, las chulas de alquiler de Villa Rosa, han salido en pos de sus clientes habituales, y están aquí, en los cafés de timbre torero de la calle de Pi y Margall. Los limpiabotas de la Puerta del Sol, de la plaza del Progreso y de las aceras de Alcalá, también los veo por aquí, dicharacheros y sonrientes, comprensivos y filosóficos. Si les vierais dar betún a las botas de campaña que debían estar aplastando la nieve de la serrería de Albarracín, os quedaríais asombrados. Son unos psicólogos de primer orden. Para conseguir poner tacos de goma en el calzado de estos milicianos de retaguardia, recurren a la vanidad de los mismos, y les dicen que los «Philips» son lo mejor para andar por el terreno abrupto del frente. Cuando alguien les dice que para el frente se necesitan tachuelas, sonríen comprensivos, también e insultan al cliente anterior, llamándole fantasioso y tal.

Pero no creáis que aquí todo es pinto-resquismo de esta naturaleza. En plena plaza de Castelar, a las puertas del bullanguero bar Balanzá, me he encontrado con una compañerilla de Madrid. Llevaba un chiquillo en brazos, y otros dos agarrados a su falda. Al verme, se echó a llorar. Entre sollozos me dijo cuenta de su angustia:

—Me ahogo aquí. No quiero pasar ni un día más muerta de frío en las calles y empujada de Comité en Comité. Mi compañero y mi hermano están en el frente de Madrid. Yo salí de allí hace diez días. Aun no he encontrado sitio donde dormir con regularidad, ni puedo comprar en ninguna parte sin soportar al mismo tiempo las humillaciones que los capitalistas inferían al mendigo. El dinero que tengo no me alcanza para nada. Todo está por las nubes, ajustado a los grandes sueldos que ganan aquí los cobardes que no supieron cumplir su obligación en Rosales o en la Ciudad Universitaria. Me voy mañana mismo. Me voy a mi pueblo, donde creo que no habrá todavía burgueses de nuevo cuño ni señoritos de la Revolución.

Mientras la compañera me exponía

MILICIANO: A TODAS HORAS Y EN TODO MOMENTO HAY QUE ESTAR CONVENCIDO DE LA JUSTICIA DE LA CAUSA QUE DEFENDEMOS

No lo entendemos

El mando único, quizás la sola idea en que estén de acuerdo todas las tendencias que se unen en la guerra, no acaba de llevarse a efecto.

No conocemos los factores que intervendrán en esta demora, pero deben ser muy potentes para que, por el hecho de intervenir, se deje en segundo lugar la consecución de la victoria.

Nosotros, que, afortunadamente, no hemos sido militares antes, ni creo que lo tengamos que ser luego, nos figuramos que en una guerra el primer y único fin a conseguir es la victoria sobre el enemigo, y para ello se emplean todos los esfuerzos y todos los sacrificios, hasta el de la propia vida.

Y si uno de los fundamentos para ganar la guerra, quizás el más principal, es la unidad de mando, no comprendemos, no podemos comprender, que pudiéndolo tener no se tenga.

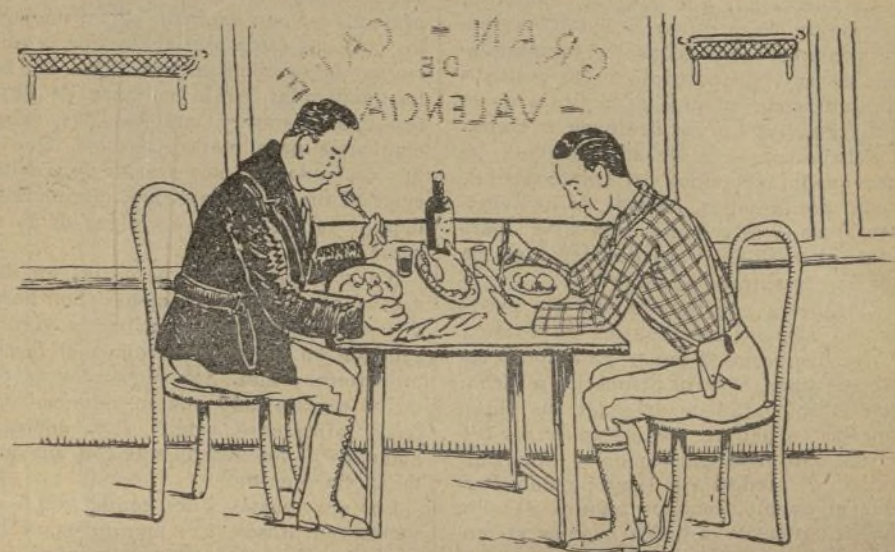
Claro que se puede objetar que la dificultad estribará en que tal o cual quiere que el mando recaiga en él.

Por eso mismo, repetimos que no lo comprendemos.

Si por el capricho personal de ostentar el mando, sin que se tenga condiciones demostradas para un buen uso de él, se demora el nombramiento de quienes pueden llevar al pueblo a la victoria..., no lo entendemos.

Decididamente no lo entendemos, ni lo entenderemos. Y mejor será que no lo entendamos.

estas quejas, los estrategas de café y los genios de la transformación social dejaban pálidas de asombro, con sus juicios y opiniones, a las mesas marmóreas del gran bar castelariano.



—¿Será verdad lo del plato de guerra?

Frente libertario

ORGANO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Redacción y Admón.:
COMITÉ DE DEFENSA
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111.-Tel. 58653

Un tema que merece atención

Los militares pueden pertenecer a la C. N. T.

Se está constituyendo en Madrid, con éxito indudable, el Sindicato Único de Fuerzas Armadas, y hay diversos elementos antifascistas, oficiales algunos de ellos, que se oponen a que se lleve adelante la formación de tal Sindicato. Se permitió, porque no había más remedio que permitirlo, que se celebrase una Asamblea constitutiva, y después se ha impedido que se hable de la misma. Además, algún periódico, mientras los de la C. N. T. no han podido ocuparse de este asunto, se permite censurar el intento confederal y decir que ese propósito, que indudablemente plasmará en la constitución firme de ese Sindicato Único de Fuerzas Armadas, puede servir para que otra vez se produzca en España la situación que crearon en otro tiempo las Juntas de Defensa Militares.

Nos parece que, sin mala intención o sin ganas de producir un poco de rivalidad sindical, no se puede decir semejante cosa. En números anteriores de FRENTE LIBERTARIO hemos expuesto varias de las razones por las cuales es posible que los elementos militares lleven el carnet de la C. N. T. No queremos volver a repetir nuestros propios juicios, que ya conocen los lectores, y respecto a los cuales nos consta que han sido muy bien acogidos entre los combatientes. Queremos tratar este asunto con palabras ajenas.

El comandante Carlos, comunista, del 5.º Regimiento, está publicando en «Política», una serie de artículos acerca de los problemas del nuevo ejército popular, y en el último que conocemos, se hace esta pregunta: «¿Debe ser político el ejército?» El comandante Carlos dice que «los miembros de un ejército popular son hombres que quieren educarse, que quieren pensar, que quieren sentir humanamente, que quieren participar en la vida del país, ayudar a su patria a resolver sus problemas. Ellos sirven, no sólo por obediencia, sino por convencimiento. No hay ejército «neutral apolítico». La «neutralidad» y el «apolitismo» sólo sirven para enmascarar la intención de apartar el ejército del pueblo, de ponerlo en contra del pueblo. Los ejércitos de Franco y Mola, de Italia y de Alemania, de Bulgaria y de Hungría, de Austria y de Polonia, etc., también eran «apolíticos», pero sus jefes hacían su política, la política del fascismo, la política de aplastar al pueblo.»

Como se desprende de estas palabras, el comandante Carlos opina que el ejército popular español es un ejército político, y la significación que él da a la palabra político es ésta: intervención en la vida pública y social del país. Por lo tanto, el comandante Carlos cree, como nosotros, que cada combatiente, ya tenga fijo carácter militar, o bien no haya perdido su condición civil, puede pertenecer a un partido político cualquiera. En realidad, esto es lo que ocurre. Hay un gran número de elementos militares, muchos de los cuales están al frente de tropas antifascistas, que pertenecen a diversos partidos alzados contra el fascismo. Al crearse la Escuela de Preparación Militar de nuestros combatientes, no sólo los partidos políticos, sino también las organizaciones sindicales, han enviado a la misma buen número de alumnos, que, como es natural, al incorporarse al ejército, no perderán su condición de republicanos, de marxistas o de anarquistas.

Nosotros preguntamos: si es lícito que los elementos militares pertenezcan a los partidos políticos, ¿por qué no ha de serlo que ingresen en las organizaciones obreras, desde las cuales se interviene en la vida pública y social de España, tan eficazmente como desde los partidos? Nadie podrá negarnos que en la U. G. T. o en la C. N. T. pueden afiliarse los elementos militares. Y si en el ejército del pueblo, según opinan los más diversos elementos antifascistas, tiene una misión social que realizar, no cabe duda que es posible constituir Sindicatos de Fuerzas Armadas. Las necesidades nos obligarán a establecer el Sindicato de la Distribución y otros muchos, los cuales no podían formarse mientras la riqueza social, en su integridad, no estuviese en manos de los trabajadores. En el viejo régimen, los elementos militares, de alta o de baja graduación habían constituido sociedades de socorros mutuo, organismos de defensa económica. ¿Por qué no han de superar aquellas organizaciones suyas en el futuro? El militar no es exclusivamente un hombre que dispara tiros; tiene las mismas necesidades que otro trabajador cualquiera, y su Sindicato ha de ser el que le permita defender sus derechos como los defenderán los demás trabajadores. De aquí surge la necesidad de constituir el Sindicato Único de Fuerzas Armadas, que, lo decimos para evitar que alguien se alarme, no será un Sindicato de armas, sino de hombres encargados de la defensa de la Revolución y del país.

¡GANEMOS LA GUERRA, TODOS UNIDOS!

Los combates cruentos que acaban de desarrollarse estos días en los frentes de Madrid son aviso elocuente que nos envía la realidad a todos los sectores antifascistas que venimos luchando, codo con codo, contra esa barbarie que se le quiere imponer al pueblo español desde el Vaticano y desde Roma y Berlín.

La guerra hay que ganarla cuanto antes mejor. Para ganar la guerra es necesario que cesen todas las mezquindades de la vieja política. Y los políticos que no sepan situarse a la altura de la situación, los que se dediquen a excitar las bajas pasiones de sus vasallos, deben quedar excluidos del frente antifascista, porque ellos, además de no representar nada ni a nadie, sólo sirven para crear discordias y suscitar rencores entre la clase trabajadora.

La guerra está todavía ahí. En pie se hallan aún los mercenarios de Franco. Unos dispuestos a ganar galardones entre sus amos. Y otros dispuestos a luchar por el solo afán de defender sus vidas, puestas en peligro por las amenazas fascistas. No sirve para nada el afán partidista de predominio de un partido. Porque el pueblo, estamos seguros de ello, ha de situarnos a todos cuando el momento llegue, en el lugar que nos corresponde. Labor antifascista no se realiza. Labor fascista sí que producen aquellos que se aprovechan de su situación transitoria (entiéndase bien, deci-

mos transitoria) para producir víctimas entre el inmenso caudal de elementos que abarca la C. N. T. y la F. A. I.

Pero ya estos días los fascistas de Franco, Mola, Hitler y Mussolini nos han enviado un aldobazo a las puertas de Madrid. En ese aldobazo han advertido a todos los mezuquinos, a los que se llaman antifascistas por el miedo personal o por espíritu partidista, que los fascistas están aún ahí, y que la guerra no la tenemos ganada. Que las bajas empleadas en la matanza de obreros anarquistas y confederados deben emplearse para matar fascistas. Que si nos descuidamos, nos veremos envueltos entre el fuego del fascismo, que también depura su mundo de enemigos de la tiranía.

No son horas para perderlas en disquisiciones y en divagaciones. Son horas de empuñar el fusil y utilizarlo vigorosamente en los frentes contra el fascismo internacional. Son momentos de decir al proletariado que su esfuerzo quedaría infructuoso, estéril, si se dedica a amenazar a los anarquistas con una matanza sin nombre.

Los anarquistas y los confederados no somos rencorosos. Los anarquistas y los confederados sólo tenemos odio al fascismo y al capitalismo, y no al trabajador compañero. Porque sabemos que el fascismo es para nosotros el enemigo irreconciliable, mientras que los trabaja-

dores que por bajas pasiones han asesinado a los compañeros son factores que, equivocados, han cometido el fratricidio. El fratricidio puede enmendarse. El fascismo no tiene enmienda. El fascismo es el fin de todas las ideas de vanguardia. El fascismo es el terror por ley y por norma gubernamental. Somos los anarquistas demasiado humanitarios, somos los verdaderamente humanitarios, y por eso no toleraremos al fascismo. Tendemos nuestro brazo al compañero apasionado, aunque sea fanático, que partiendo de un partido u organización obrera, venga a la lucha franca contra el fascismo. Y esto no queremos dudarlo. En la clase trabajadora sólo hay odio contra el fascismo. Si nos unimos de verdad, la guerra antifascista será ganada por nosotros. Hemos de ganarla por encima de todo. Hay que ganarla. La ganaremos dejando a un lado las contingencias partidistas y eliminando a quien en los tranvías, «Metro», cafés y lugares de tertulia se dedica a despotricar contra la C. N. T., la F. A. I. y las columnas confederales. Hay que acabar con tanta pequeñez para aunar todas las energías y dedicarlas a abatir al monstruo fascista que nos está amenazando. Porque en este caso no son ni galgos ni podencos. Son sencillamente fascistas.

Del 9 largo

Cuando una noticia se desmiente, es que se ha llamado la noticia; cuando se llama la noticia, es que se ha dicho algo, y cuando el río suena...

Estos dos últimos días han circulado algunos "bulos", como siempre, de origen conocido, en el que se pretende ofender a nuestros milicianos.

Nuestras fuerzas están actuando en el frente con el valor, la disciplina y la dignidad que no tiene quien no ha visto el frente de combate nada más que en los partes de guerra.

Es indispensable que en esta guerra, y mucho más en estos momentos, sea destructible la compenetración entre todos los defensores de la libertad.

Quien no lo haga así, quien pretenda, siquiera, sembrar la desconfianza o el recelo políticos entre los combatientes merece del pueblo la sanción más severa.

En las Revoluciones las victorias o las derrotas no son atribuibles a tal o cual sector, sino a los dirigentes de las masas revolucionarias.

En las guerras, sucede exactamente igual.

Y no olvidemos que estamos viviendo las dos cosas: guerra y Revolución.

Creemos de una urgente necesidad la unión efectiva de las dos únicas Sindicales españolas.

Esta unión la jugamos imprescindible para ganar la guerra y la Revolución.

Y es urgentísimo ganar ambas.

Sin mala intención

VARIAS PREGUNTAS INGENUAS

Si cualquier oficial puede pertenecer a este o al otro partido político, ¿qué inconveniente hay en que se constituya un Sindicato Único de Fuerzas Armadas dentro de la C. N. T.?

¿No es raro que mientras el partido socialista tiende a unirse con el comunista la U. G. T. siga sin hacer caso de las proposiciones aliancistas que le hizo nuestra Organización hace varios meses?

¿Verdad que convendría saber cuántos y quiénes somos los que hacemos la Revolución contra toda dictadura y cuántos y quiénes son los que preparan la dictadura contra la Revolución?

GRÁFICAS NACIONAL-Abascal, 4.-MADRID

Revolución Social

El Sindicato en la guerra y en la revolución

La masa trabajadora, mercancía despreciable para los privilegiados del saber, del poder y de la riqueza; la masa trabajadora heredera del paria, del ilota, del esclavo y del siervo, viene luchando para recobrar su libertad absoluta, su emancipación total, desde el seno del Sindicato. Y en estos momentos, en cuanto a energías, es la clase que más pone al servicio de la guerra y es la que en la retaguardia más sacrificios realiza para que la lucha a que nos ha llevado la reacción, no quebrante la economía social.

Sin embargo, vemos aún en ciertos sectores que existe el mismo rencor que antaño, hacia los parias que luchan para dar a la Humanidad una nueva vida. Sin egoísmo personal, el obrero se asocia; con la misma finalidad lucha para desterrar de la vida social el principio nefasto de autoridad, basada en la fuerza de las armas. En estas circunstancias reconocen los obreros que se necesitan armas para imponer la paz, y para eso no conocen sacrificios. Día y noche se atarean en la labor de suministrar a los frentes cuanto es preciso para vencer al fascismo.

Si la economía burguesa, hija de la Revolución francesa, ha caído en desuso por su propia vetustez, justo y lógico es que la organización futura de la vida social se base en nuevas concepciones, y éstas no pueden ser otras más que las que propugnan las organizaciones obreras desde su organización sindical. Esta es flexible como debe ser flexible la ley, y cuando decimos ley, decimos la ley natural, porque ésta iguala a todos los hombres; es decir, es justa para todos, porque, basada en ese cuerpo celular, resulta en el orden político y social lo que denominamos federalismo. Es por lo que, repetimos una vez más, y no dejaremos de repetirlo, el porvenir de paz y felicidad que anhelan todos cuantos luchan en esta guerra antifascista, pertenece a la organización sindical.

Si llegara el caso de que la organización sindical fuera desplazada de esa corriente de paz que debe seguir después de la lucha antifascista, volveríamos a las mismas andadas que dieron lugar a luchas agrias y crueles entre dos clases opuestas; mientras que si de esta Revolución surge una economía sindical robustecida por todos los hombres conscientes, veremos cómo jamás será posible volver a caer en aquel régimen de innoble recuerdo y que tantas lágrimas y sangre ha hecho verter, para sostenerse en el privilegio del dinero y de las armas.

No temen jamás los timoratos la obra revolucionaria de los organismos sindicales. Estos son hoy, en pequeño, lo que serán mañana en el concierto de los pueblos libres; es decir, la unión de todos para el esfuerzo común, con el deber de producir cada uno según su fuerza y su capacidad y de consumir cuanto necesite.

La economía sindical se impone

Sin dilación hay que ir resueltamente a la solución del problema en la retaguardia, con el mismo afán que se atiende al problema de la guerra, y esto es misión de los Sindicatos. A nadie más que a ellos incumbe el deber de estructurar la economía para ganar la guerra.

Articuladas todas las fuerzas de la producción en industrias dirigidas por la propia Organización, sin el lastre de los intermediarios, que siempre han hecho imposible la unión, pronto veremos que sobrarán energías en la retaguardia, las cuales, impulsadas por el deseo de terminar cuanto antes, volarán hacia las trincheras para aplastar al fascismo.

Es condición «sine qua non» se responsabilicen los militantes de nuestra Organización y lleven al corazón de los obreros las sabias experiencias.

Ni un momento más puede demorarse la inactividad de los Sindicatos en el orden de la construcción económica. Los Consejos de fábrica son los gestores actuales de la economía, y ellos son los que deben ir a hablar a sus propios obreros; y de las propias Asambleas deben surgir las nuevas modalidades para articular todos los esfuerzos, todas las energías, al objeto de crear un haz potencial para que pronto veamos libre a España de enemigos.

Sin organización articulada y mejor dirigida, no sería posible vencer al fascismo, y si demoramos la organización federalista de nuestro movimiento, dejándolo en manos del Estado, terminada la guerra civil, volveríamos a caer en las mismas arbitrariedades y volveríamos a tropezar con los mismos inconvenientes.

Hoy el Gobierno del Estado español facilita el acceso a la dirección de la cosa pública y de la producción, a las clases trabajadoras. Aprovechemos la oportunidad que la Historia nos ha brindado para que la humanidad venidera jamás pueda reprocharnos que no hemos sabido ni comprender la época ni aprovechar el tiempo.

El movimiento es socialista, eminentemente socialista. No pongamos ni dejemos poner trabas a esa aspiración suprema del proletariado español. Si ese movimiento socialista cayera en manos del autoritarismo, a nadie más que a nosotros podría culparse por no haber aprovechado el tiempo y no haber sabido llevar al corazón de la producción y de la distribución las esencias de nuestro socialismo libertario, para que la sociedad futura pueda vivir sin imposición de nadie en el Edén soñado: nuestro comunismo libertario.

MILICIANO: AVANZA Y NO RETROCEDAS NUNCA, PORQUE DE ESPALDAS NO SE VE LLEGAR EL PELIGRO, Y, POR CONSIGUIENTE, NO PUEDE EVITARSE

Breve síntesis de la jornada de ayer

Durante el día de ayer se ha combatido violentamente en el sector Las Rosas Aravaca; nuestras baterías han batido eficazmente las concentraciones enemigas, habiendo contestado la artillería facciosa con más espectacularidad que eficacia. Nuestras milicias hicieron no menos de treinta prisioneros, habiendo destruido seis tanques enemigos. Las milicias del pueblo han resistido bravamente los ataques enemigos, que, a pesar del lujo de material ofensivo, han resultado completamente estériles. Nuestra aviación ha actuado con gran intensidad, bombardeando las posiciones facciosas y dispersando con sus ametralladoras algunas concentraciones.